



EIDES

La espiritualidad ignaciana, hoy

Mariola López Villanueva
Javier Melloni Ribas

LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA, HOY

Mariola López Villanueva y Javier Melloni Ribas

Prólogo	3
<i>Pau Vidal Sas</i>	
Maneras de caminar	7
<i>Mariola López Villanueva</i>	
¿Qué continúa aportando hoy la espiritualidad ignaciana?	17
<i>Javier Melloni Ribas</i>	
Notas	27
Preguntas para la reflexión	29

Mariola López Villanueva. Religiosa del Sagrado Corazón, licenciada en Periodismo y en Teología Bíblica; realizó su doctorado en Teología Espiritual por la Facultad de Teología Granada en la que actualmente es profesora.

Javier Melloni Ribas. Jesuita. Es antropólogo, teólogo y fenomenólogo de la religión. Profesor de la Facultat de Teologia de Catalunya y director del Centro Internacional de Espiritualidad Ignaciana La Cova de Manresa. Es miembro del equipo de Cristianisme i Justícia.

ESTA PUBLICACIÓN SE DISTRIBUYE GRATUITAMENTE.

Colabora con Cristianisme i Justícia: Bizum código 05291
cristianismeijusticia.net/es/donativos

Edita Cristianisme i Justícia. Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona
+34 93 317 23 38, info@fespinal.com, www.cristianismeijusticia.net
Imprime: Ediciones Rondas S.L. Depósito Legal: B 18415-2023
ISBN: 978-84-9730-544-0, ISSN: 2014-6531, ISSN (virtual): 2014-6558
Edición y traducción: Santi Torres. Corrección: Cristina Illamola
Maquetación: Pilar Rubio Tugas. Octubre, 2023

PRÓLOGO

Pau Vidal Sas

Querida lectora, querido lector,

Tienes en tus manos una pequeña joya. Dos autores contemporáneos, dos voces relevantes de la tradición cristiana de nuestro siglo XXI, ya en un momento de madurez –que no de senectud– de su recorrido vital, que nos comparten porqué para ellos la experiencia de Ignacio de Loyola de hace más de 500 años y la espiritualidad que se deriva de ella (la espiritualidad ignaciana) siguen siendo plenamente significativas hoy.

Mariola López Villanueva es religiosa del Sagrado Corazón, periodista y bibliista, doctora en Teología espiritual y profesora en la Facultad de Teología de Granada, apasionada por encontrar un lenguaje comprensivo, vivo, cotidiano y tierno a la experiencia de un Dios que todo lo habita, sobre todo en los márgenes, allá donde se encuentran los descartados. Javier Melloni es jesuita, especialista en espiritualidad ignaciana y en mística comparada, con más de veinticinco años viviendo en la Cova de Manresa y dedicándose a fondo a hacer contemporánea aquella experiencia tan fundamental que Ignacio vivió a orillas del río Cardoner –río que cada mañana Javier contempla desde su ventana– y que resuena en tantas otras tradiciones religiosas.

Son dos textos que surgen de manera independiente, en ocasiones diversas, pero que, recogidos aquí y publicados juntos, tienen una doble fuerza: por un lado, por lo que cada uno de los textos dice y por cómo lo dice; y por el otro, por el sutil diálogo que el lector puede establecer entre ellos, tanto en el contenido como en el estilo propio de Mariola y Javier. Además, este díptico tiene la virtud de que puede ser leído con provecho tanto por personas interesadas por primera vez en la espiritualidad ignaciana como por aquellas otras que ya están más familiarizadas con su lenguaje.

En este cuaderno, pues, encontrarás dos miradas contemporáneas sobre Ignacio y su espiritualidad, dos miradas que surgen, eso sí, del convencimiento de que toda espiritualidad auténtica y profunda nos impulsa siempre al encuentro con Dios en el mundo. Uno podría pensar que las personas espirituales son aquellas que, desengañadas tras contemplar tanto dolor e injusticia, se apartan de lo material, se retiran del ruido de las ciudades, miran con sospecha la humanidad y quedan aisladas en sus cavilaciones. Bien al contrario: Mariola y Javier, al releer la experiencia del santo de Loyola,

nos ofrecen un diálogo bien rico y matizado con nuestro mundo contemporáneo desde una mirada efectivamente lúcida, crítica y consciente de los límites y trampas en las que vivimos inmersos hoy en día; pero, a la vez, proponiendo una perspectiva serena, atenta, consolada y agradecida. Por lo tanto, la espiritualidad ignaciana es, sin ninguna duda, no una *fuga mundi* (huida del mundo), sino una espiritualidad encarnada, hecha carne, hecha concreción y cotidiana.

En sus respectivos textos, podréis encontrar perlas de gran valor, como, por ejemplo, la necesidad de reconocer que todo crecimiento espiritual comporta un proceso, un itinerario en el cual hay que asumir con serenidad la propia fragilidad y visitar los infiernos más oscuros para redimirlos. O la centralidad del discernimiento, como una manera de estar hoy atentos y receptivos a la voluntad de Dios. O el toque de alerta para que el *magis* ignaciano no se convierta en una dinámica prometeica voluntarista, sino en aquel anhelo de desplegarnos plenamente para llegar a convertirnos en aquello que estamos llamados a ser. O el recordatorio de que, para Ignacio, el amor y el servicio están tan íntimamente unidos que, de alguna manera, podemos decir que el servicio es la forma cotidiana y concreta del amor. O la convicción de la centralidad del lugar desde donde nos situamos, como recordatorio de que debemos transitar por espacios pobres y humildes si de verdad queremos seguir al Jesús pobre y humilde del evangelio.

Mariola y Javier, al apostar por una espiritualidad de ojos bien abiertos y de pies en el suelo, nos ofrecen el regalo de mirar atrás, de contemplar la buena nueva de Jesús de Nazaret desde la perspectiva de Ignacio de Loyola, y nos iluminan un poco mejor el camino que tenemos delante. Desde el presente, hacemos una pausa en nuestro peregrinar para recordar al peregrino Ignacio y así poder recomenzar nuestra ruta renovados y con una mirada más atenta, más agradecida, más reconciliada con la propia vulnerabilidad y más dispuestos a ayudar. Cada generación ha de poder realizar este imprescindible ejercicio de *aggiornamento* recuperando al mismo tiempo las raíces para poder vivir desde una fidelidad creativa. Venimos de lejos, somos herederos de una tradición, pero esta solamente tiene sentido si nos da vida, una vida en abundancia para todos y todas hoy.

A nosotros, pues, nos toca ahora leer atentamente, encontrar nuestra manera única e irrepetible de caminar, acompañando la luminosa fragilidad del peregrino Ignacio desde el río Cardoner hasta la visión de la Storta, con el gozo y la confianza de no estar solos, de sentirnos acompañados, en comunidad con todas las personas que desean vivir hoy la espiritualidad auténtica, consciente y compasivamente.



Escultura de San Ignacio de Bill McElcheran. Ignatius Jesuit Centre a Guelph (Ontario, Canada, © Jesuits of Canada). Fotografía: Franck Janin, SJ.

MANERAS DE CAMINAR

Mariola López Villanueva

Llegué a Córdoba como caminante de a pie en la vía ignaciana, llevada por cierta inconsciencia: la de atreverme a participar en un Congreso Internacional sobre la figura de San Ignacio de Loyola, al hilo de los 500 años de su conversión.¹

Me animaron jesuitas amigos y la oportunidad de volver a visitar esa preciosa ciudad de España, enclave de culturas. El título que me habían propuesto era «Claves para vivir la espiritualidad ignaciana hoy». Le di algunas vueltas, y me preguntaba: ¿realmente lo que queremos es saber cómo vivir la espiritualidad ignaciana, como si esta se convirtiera en el objetivo a alcanzar? Me tomé entonces la libertad de parafrasearlo de esta manera: «Cómo la espiritualidad ignaciana nos ayuda a vivir hoy». ¿Cómo nos ayuda a vivir con gusto y con sentido en un mundo donde tantas personas lo pierden? El gusto y el sentido de la vida lo dan la

experiencia del amor y la capacidad de servir. Algo que Ignacio pedía poder hacer siempre y en todo.

Venimos de haber experimentado mucha fragilidad física y emocional, y vivimos tiempos afligidos que se ven agravados por la guerra en Ucrania, así como por tantas otras guerras que se están sucediendo en este instante y de las que no somos tan conscientes. A la vez, son tiempos extraordinarios porque Dios está viniendo en ellos, y Él viene de manera sanadora y siempre por el lado más frágil de la vida.

En un momento de gran fragilidad, Dios tomó la vida de Iñigo cuando se frustraron los que hasta entonces eran

sus proyectos vitales. Todo por culpa de aquella bomba que explotó en su pierna y por la debilidad física que lo mantuvo postrado y desbaratado. Y va a ser a través de esa grieta por donde Dios se cuele en su ser y lo vaya transformando progresivamente, poco a poco, hasta hacerle ver nuevas todas las cosas en Él. Hoy celebramos cuánta luz ha brotado y sigue manando de esa herida.

La realidad seguía siendo la misma: esa realidad que el caballero Íñigo conocía y en la que se situaba con ansias de éxito y grandeza. Sin embargo, su mirada se ha transformado y es esta mirada nueva la que le hace cambiar su ubicación en la vida, y situarse en ella de un modo desarmado y bendiciente.

Ignacio irá descubriendo que aquello que realmente necesitamos, lo esencial, no nos viene de fuera (los acontecimientos, las circunstancias, las ideas...), sino de un encuentro en profundidad con nosotros mismos y con el Dios que se nos muestra en lo cotidiano de nuestras vidas. Se recordará en muchas ocasiones a sí mismo y a sus compañeros algo así: «Hagas lo que hagas, lo que te hace sentir más vivo... ahí es donde está Dios».

Y poco a poco a través de testar sus vivencias interiores, de escuchar e interpretar sus movimientos de consolación y desolación, se irá dejando modelar y configurar por su Maestro y Señor, y consignará sus propias experiencias como un itinerario, un mapa de ruta que pueda servir a otros: los Ejercicios Espirituales [EE]. Prácticas interiores y exteriores para llegar a ordenar la vida desde el reconocimiento del amor primero de Dios.

Y es al final de este libro, en la *Contemplación para alcanzar amor*, donde encontramos estas palabras que hoy nos inspiran: «En todo amar y servir». Se trata de un deseo hondo de Ignacio que él convierte en petición: «Pedir conocimiento interno de tanto bien recibido, para que yo, enteramente reconociendo, pueda en todo amar y servir» [EE 233].

¿Cómo vivirá esto el peregrino?
¿Cómo podemos vivirlo hoy nosotros en el fragor del trajín cotidiano, en esta realidad global y tecnificada que compartimos?

La luminosa fragilidad del peregrino

«Peregrino» es el nombre con el que Ignacio se llama a sí mismo y con el que se identifica. Una manera de estar en la vida caminando sin cesar, siempre en movimiento, en proceso, en aprendizaje constante..., a la búsqueda de ese Dios que le irá sorprendiendo y llamando a su servicio a través de todas las cosas.

También, cada uno de nosotros somos peregrinos, y peregrinas, en este viaje, en este tiempo inédito de la historia que nos ha tocado habitar, muy distinto del que Ignacio vivió, pero capaz de ser iluminado por la espiritualidad que él donó a la Iglesia y que en cada época necesitamos recrear. Tuve la oportunidad de hacer Ejercicios a través del arte con el jesuita Bert Daelemans quien nos mostró una escultura de San Ignacio del canadiense William McElcheran, *San Ignacio peregrino* (1964). Daelemans nos mostraba a través de esta imagen «la laboriosa trans-

formación del Íñigo voluntarista que no reconoce su fragilidad hasta el Ignacio vulnerable que la elige como camino y pórtico de encuentro». Un Ignacio en movimiento, inclinado hacia adelante, desarmado, que lleva únicamente una capa para protegerse, que con el gesto de su rostro muestra querer escuchar, y unido a otros por la carta que sostiene en su mano derecha. En la inclinación de su cuerpo parece que va siguiendo al Espíritu sin adelantársele, dejándose conducir suavemente hacia donde no sabe, mientras se va abriendo ante él ese camino que irá recorriendo con otros. Escribe bellamente Daelemans sobre esta escultura de Ignacio caminante:

Ahí anda un santo a la intemperie. Solo a primera vista solo. Inclinado hacia adelante, siempre adelante. Contracorriente y valiente, resiste todos los vientos: seguro, determinado, sólido, anclado en una fe que originalmente significa, peso, firmeza y solidez. Con la mano izquierda a la altura de su corazón, agarra la capa que apenas lo abriga y que acentúa su vulnerabilidad. No obstante, con resolución hace avanzar un pie: el camino se abre paso a paso. Tiernamente inclina su rostro para encontrar a otros y levantar ánimos. Un peregrino.

Inclina su cabeza en escucha, porque sabe que no puede avanzar sin escucha. Su deseo es ser contemplativo en la acción. Actuar, sí, pero desde la hondura atenta. En su mano derecha sostiene una carta que se une con su cuerpo que no se percibe a primera vista, pero que también le mantiene unido al cuerpo de la mínima Compañía de Jesús. Es una

carta como tantas que lo mantiene unido con sus compañeros en las fronteras del mundo, todos unidos por el mismo Espíritu [...]. No sabe a dónde va, pero sabiamente confía en que va bien porque no va solo, va empujado por el espíritu de Cristo y con el corazón apoyado en Cristo, aquel Dios igual de peregrino...²

Modos de caminar

Esta manera de peregrinar vulnerable y confiada de Ignacio irá configurando una espiritualidad encarnada, atravesada por un estilo de estar en la vida: el *discernimiento*, del que Ignacio será el gran pedagogo y cuya matriz se encuentra en los padres y madres del desierto; esos terapeutas del Espíritu que descubren que cada persona necesita una medicina específica, que lo que es bueno y conveniente para uno no lo es para otro, e insisten en un tratamiento personalizado, un tratamiento humano y sapiencial. Ignacio pone a nuestro alcance un método que nos lleva a afinar y a sintonizar en las pequeñas decisiones de cada día y en las grandes elecciones, con los modos de Jesús y con el Evangelio: «Contigo, lo que tú, como tú».

Se trata de una espiritualidad bien enraizada en los acontecimientos históricos, que quiere sumergirse en los avatares y conflictos de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, una espiritualidad de ojos abiertos y pies en la tierra que, ante la realidad, se pregunta: ¿cómo estás Dios aquí y ahora?, ¿y qué quieres de mí, que quieres de nosotros?

Y para crecer en esta actitud de discernimiento, Ignacio propone una he-

ramienta sencilla y cotidiana, el *examen*: tomar cada día en nuestras manos y ponerlo bajo la luz de Dios. Recoger lo vivido, agradecer –la gratitud siempre como primer movimiento– revisar lo que necesita ser reparado y pedir gracia para volver a retomar el camino tras Jesús, a su manera.

Desde esta clave del discernimiento como talante, como un modo de estar ubicados en la realidad, quiero expresar la actualidad de la vía ignaciana para nuestro tiempo como peregrinos del siglo XXI que somos, en tres modos concretos o maneras de andar el camino con fruto:

- Un modo de caminar que nos va limpiando y afinando la mirada. La transformación de la sensibilidad;
- un modo de caminar donde crecemos en capacidad de agradecer, de reconocer el paso discreto de Dios en la historia; y,
- un modo de caminar que nos vincula, que nos entrelaza con otros para ayudarnos mutuamente a cuidar y a desplegar la vida, sobre todo allí donde se encuentra más amenazada.

Un modo de caminar que nos va limpiando y afinando la mirada

Recordaba una delicada y hermosa película de la directora japonesa Naomi Kawase, *Una pastelería en Tokio*.³ Sentaro es un joven que regenta una pequeña pastelería y busca un ayudante. Una mujer anciana se ofrece para ayudarlo y él accede de mala gana, pero ella le demuestra que tiene un don especial para elaborar dulces. Gracias a su receta secreta, el pequeño

negocio comienza a prosperar y Sentaro y Tokue abrirán sus corazones. En un momento dado la anciana le dice: «Te vi trabajando con tristeza en tus ojos».

¿Qué vamos cargando que nos roba ánimo, que nos hace trabajar y servir, con tristeza en los ojos...? Contemplamos nuestro mundo como espectadores, cada vez más a través de pantallas, pero el Señor nos quiere cómplices y compañeros, colaboradores de su actuar en el mundo.

Nacemos de una mirada creadora y vivificadora (cf. Gn 1,31), pero esta bendición original del Dios, que ve bueno y precioso todo lo que ha hecho, se nos va volviendo opaca a lo largo del viaje y necesitamos volver a recuperarla; experimentarla sobre nosotros para poder ofrecerla a otros. Esta mirada primordial que da la justificación de la existencia y que le dice a cada criatura: «Eres bienvenida a esta tierra». Una mirada que transmite confianza como experiencia de seguridad y confianza como atrevimiento para afrontar el mundo y arriesgarnos.

En ocasiones, vivimos cegados por la prisa, la autoconcentración, la saturación, y participamos de otro tipo de miradas que aparecen en los evangelios: miradas de los que murmuran (cf. Lc 15,2), de los que miran con desconfianza (cf. Mc 8,11-13), de los que no esperan nada nuevo, de los que ponen el ojo en lo que falta, miradas que oscurecen y lastiman (cf. Jn 8,4-6).

En una de las lenguas sudafricanas, el zulú, hay una expresión de saludo *Sawubona* que significa 'te veo'. Hoy tenemos la mirada colonizada por las pantallas y podemos mirarnos sin vernos, lo cual nos roba presencia y cali-

dez en las relaciones. Sentirnos vistos es sentirnos queridos y, cuando no sabemos vernos unos a otros, algo de lo humano está fallando. ¿No es verdad que nuestras mutuas miradas pueden desalentarnos o recrearnos? Tristemente, tenemos la experiencia de que podemos vivir juntos y mirarnos cada día sin realmente vernos.

Ignacio nos invita a un doble movimiento para sanar la mirada: el primero, ponernos bajo la mirada de Jesús, darle la oportunidad de posar su mirada sobre nuestras vidas... como miró junto al pozo a aquella mujer de Samaria, a quien pide su agua primero para hacerla sentir valiosa y poder alumbrar toda la capacidad de amar que había en ella (cf. Jn 4). Ignacio quiere que nos esponemos cada día a esta mirada sanadora y posibilitadora de Jesús, y que aprendamos a recibirnos enteramente de ella, de esa mirada de Dios que todo lo que ha hecho lo ve bueno y lleno de belleza, incluida mi vida.

El segundo movimiento es mirar nosotros detenidamente a Jesús: mirar cómo se relaciona con un sorprendido Zaqueo que, a esas alturas de su vida entrampada, no pensaba que tuviera nada bueno dentro de sí para dar (cf. Lc 19,1-10). Mirar cómo dejó marchar a aquel joven rico con pena, porque el cariño no puede imponerse ni forzarse (cf. Mt 19, 16-30).

«¿Ves a esta mujer?» (Lc 7,44), le preguntará Jesús a Simón el fariseo, pues se había escandalizado de que con la mala fama que ella tenía Jesús dejara que le derrochara su perfume y su afecto. Claro que Simón la estaba mirando, pero no era capaz de ver cuánta herida y cuánta sed de ternura había en ella. Jesús irá mostrándole a cámara lenta a

Simón cuánta belleza y generosidad, cuánta donación hay en los gestos de esta mujer que él juzga y critica. Todo su cuerpo se expresa hacia Jesús de un modo absolutamente vulnerable: con caricias, lágrimas y besos. La mujer se embellece cuando Jesús la mira. Recupera la luz del amor que transfigura secretamente su vida, y había mucho en ella por alumbrar. También nosotros necesitamos exponernos a esta mirada de Jesús que reubica la nuestra. Sin abrir nuestros sentidos a la realidad del otro, sin cercanía, sin proximidad, sin contacto real, no podemos limpiar la mirada.

No puede haber contemplación en lo cotidiano ni atención a los dolores secretos de los otros si no rehacemos la mirada con instantes suaves y apacibles, de no hacer, de no calcular, de no aprovechar... Sencillamente siendo, estando; asombrándonos de la maravilla de existir-junto-a-otros.

El rostro, para iluminarse, necesita acoger una mirada, una amistad, un amor. Hay dicha cuando podemos ver; y vemos con los pies, pues vemos según el lugar donde pisamos. Por eso, Ignacio nos invita a transitar por espacios pobres y humildes como los que anduvo Jesús. Mirarle a él para que se imprima en nuestros sentidos su modo de proceder. «Quisiera conocerte como eres, tu imagen sobre mí bastará para cambiarme», oraba Pedro Arrupe.

«Te vi trabajando con tristeza en tus ojos...», le había dicho la anciana Tokue al joven Sentaro, por eso fue a su encuentro para devolverle luz. Y, poco a poco, con una paciencia delicada, ella irá desvelándole su secreto: hacer su trabajo despacio, en un mundo en el que parece que siempre vamos

con prisas; cocinar poniendo atención amorosa, tiempo y gusto en lo que se lleva a cabo.

Algo así fue lo que Ignacio de Loyola aprendió a lo largo de su azarosa vida: trabajar y servir cada vez con más luz en la mirada, con una mirada más lúcida y sensibilizada ante las necesidades de los otros, y descubrir que lo importante no es lo que tenemos que hacer: dar una charla o cocinar, trabajar en el campo o escribir, dar clase o visitar a un enfermo... Lo importante es el modo en que lo hacemos, la presencia y el cariño con el que estamos en las cosas.

«Pedir conocimiento interno de tanto bien recibido» [EE 233] es pedir una mirada nueva sobre nosotros mismos; una mirada interior sobre los rostros que nos hace presentir cuánto amor los atraviesa; una mirada limpia que nos ayude a descubrir los puntos de luz que brotan de las heridas y las perlas de humanidad ocultas en los márgenes de la vida.

Un modo de caminar donde crecemos en capacidad de agradecer

Pasamos temporadas, incluso años, en que nos cuesta encontrar el hilo de la madeja de la propia vida: perdemos eje, perdemos sentido. A Agar, esclava de Saray y Abram, cuando vaga por el desierto, perdida, con un hijo en sus entrañas, el ángel le pregunta: «¿Dónde vienes y a dónde vas?». A lo que ella responde: «Huyo», pero el ángel le dirá: «Vuelve», aunque solo puede volver cuando se descubre y se sabe bendecida (cf. Gn 16,8 y ss.).

Vivimos tiempos precipitados, llenos de multitud de estímulos, y vamos experimentando cómo internet coloniza nuestra intimidad y nuestro modo de relacionarnos. Los móviles nos tienen anestesiados; hacemos muchas cosas, pero en ocasiones no sabemos muy bien hacia dónde vamos; lo hacemos muy muy deprisa... tan enajenados y ocupados que perdemos la orientación, y así resulta imposible gustar y saborear la vida.

Recuerdo una anécdota que me ocurrió hace unos años: vivíamos en comunidad con una joven laica de Guatemala que estaba acabando su máster, y, recién llegada a Granada, una noche salimos las dos a tomar algo. Fuimos a un lugar de tapas y Adriana pidió una tabla de quesos. Cuando quise darme cuenta, yo ya me había comido mi parte. Ella me miró sorprendida y me dijo:

—Qué rápido te lo has tomado...

—Sí —dije yo un poco avergonzada— tenía hambre.

—¿Qué queso te ha gustado más? — me preguntó ella.

—Ah, ¿es que eran diferentes?...

Me los había tomado tan deprisa que apenas había podido saborearlos. Fue una llamada de atención y sentí que así iba también por la vida: sin concederme el tiempo y el silencio de gustar las relaciones y las cosas. Aún recuerdo cómo disfrutaba Adriana y todo el tiempo que se tomó en saborear.

Cuando perdemos la capacidad de atención, de *gustar internamente*, se nos nubla también la posibilidad de agradecer. Hay modos de pasar por la vida exigiendo, como si todo se nos debiera o creyendo que lo que tenemos

lo hemos ganado por nosotros mismos. Así estaban aquellos que se creían buenos en tiempos de Jesús, y él nos invita a no hacer como ellos (cf. Mt 23,3).

El fariseo de la parábola orgulloso de sí, erguido, autosuficiente, da gracias a Dios por lo que él hace y cree merecer; agradece ser mejor que otros a los que enjuicia. No es consciente de que el virus de las tres C –competir, compararnos y criticar– ha ido tomando y dañando su disco duro. Se siente seguro de sí mismo y de su currículum espiritual, y mejor que aquel hombre que tiene a su lado (cf. Lc 18,9-14). Mientras, en la sombra, el publicano, agazapado y manteniendo la distancia, solo pide en su indigencia que Dios tenga compasión de él. Y cuando pueda experimentarla, aunque el relato ya no nos lo cuenta, agradecerá no lo que él ha sido capaz de hacer por sí mismo, sino lo que Dios ha hecho en él sin merecerlo.

El verdadero agradecimiento es el que nos lleva a reconocer que todo cuanto tenemos de bueno lo recibimos de Otro y de los otros. La gratitud nos pone en nuestro verdadero lugar de criaturas: pertenecemos a Dios y necesitamos unos de otros para salir adelante. La vida es dar y recibir. Ojalá pudiéramos reconocer esas interdependencias cotidianas, esos cuidados silenciosos, que nos nutren en nuestro día a día y sin los cuales no podríamos subsistir.

Diez leprosos habían sido curados por Jesús, pero solo uno de ellos se volvió para agradecerse; él preguntó: «¿No quedaron limpios los diez? ¿Dónde están los otros nueve? ¿Tan solo ha vuelto a dar gracias a Dios este extranjero...?» (Lc 17,11-19). Diez

leprosos quedaron limpios, pero solo uno, el samaritano, el *outsider*, fue capaz de reconocerlo: «Al verse curado, volvió alabando a Dios en alta voz y se postró a los pies de Jesús dándole gracias». Y es esta inclinación, este agradecimiento el que completa en él una curación más honda: «Levántate –le dirá Jesús– tu fe te ha salvado».

Cuando Ignacio aprende a agradecer la luz que va brotando de su herida, le parecerán nuevas todas las cosas en Él: los rostros, los paisajes, los fracasos, los intentos, los compañeros que vendrán.

Esa es la inclinación primera de nuestra vida –la principal para Ignacio–: inclinarnos para reconocer el paso discreto del Señor en la historia. Su modo de pasar levantando, sanando, capacitando, obrando... y su modo de hacerlo por el lado más débil de la vida. Necesitamos reconocerlo para poder agradecerlo y para colaborar con él y ponernos a su servicio. ¡Qué distinto es servir desde la gratitud y no desde la obligación, ni para ganarnos nada, ni para conseguir nada! Un indicador para saber cómo ando internamente es caer en la cuenta de qué manera ejerzo, en el día a día, mi capacidad para apreciar y agradecer en lo concreto. Aliviamos a otros cuando vivimos agradecidos.

El servicio ignaciano brota en la tierra de la gratitud, crece con la percepción honda de tanto amor y tanto bien recibidos, sin merecerlos, y eso dilata el corazón. Como rezan unos versos de Gabriela Mistral en su poema *El placer de servir*: «Hay una alegría en ser sano y en ser justo; pero hay, sobre todo, la hermosa, la inmensa alegría de servir».⁴

Un modo de caminar que nos vincula con otros para ayudar a cuidar y a desplegar la vida

Siempre me emociona volver sobre el relato de la mujer cananea y contemplar cómo Jesús se deja convertir por aquella mujer extranjera y pagana que le pide que alivie el sufrimiento de su hija (cf. Mc 7, 24-30). Esta mujer necesitada curó a Jesús de su mirada judía condicionada y ensanchó en él espacios inimaginables, ayudándole a disolver sus propias fronteras interiores.

En ese encuentro ella fue la mujer, la acompañante, de Jesús: ella le revela la dignidad sagrada de cada criatura más allá de su raza o su religión, y le ayuda a discernir su imagen de Dios y su propia misión. En la traducción más pegada al griego, Jesús le dice: «Tú me has evangelizado a mí...» (Mc 7,29) o, dicho de otra manera: tú me has hecho más humano.

Ser ayudados es ser humanos. Todos buscamos personas que puedan decirnos palabras para vivir y somos urgentes a entregar a los otros una palabra de vida. Otra herramienta capital en la espiritualidad ignaciana junto al examen es el ser acompañados y acompañar a otros. No podemos ver bien solos. Necesitamos pasar de la autogestión a una vida compartida. Precisamos de otras voces, de otras miradas, para no perdernos y andar el camino con fruto.

Ayudar al otro se convertirá en una de las acciones fundantes en la espiritualidad de Ignacio. Ayudar es el centro de su proyecto vital y el de sus compañeros; por eso, ya mayor, se irá a estudiar a París: para poder acompañar mejor a otros. Es su manera de quererlos.

A veces solo necesitamos de alguien que nos ayude a nombrar, a mirar aquello que se va desajustando en nosotros, que nos tiene bloqueados, y a reconocer por dónde nos viene la vida abundante que Jesús ofrece. El discernimiento como estilo de vida requiere que transitemos nuestro camino dejándonos acompañar para poder ir viviendo nuestro viaje como un proceso transformador.

Toni Catalá, jesuita muy querido y maestro del discernimiento en lo cotidiano, tenía un don especial para ayudarnos a exponernos ante el Señor sin dejar nada fuera, sin ocultar nada. Él mostraba su vulnerabilidad y eso hacía que pudiéramos sentir acogida la nuestra. Perder miedos para abrir nuestra vulnerabilidad a Dios y a los otros. Jesús descubre que, en lo fuerte, en lo duro, en lo rígido, en lo seguro, el Espíritu no puede vibrar y que Dios vibra siempre en lo tierno, en lo frágil, en lo débil, en lo vulnerable (cf. Mt 11, 25).

En otro momento de la película, la anciana Tokue le dice al joven Sentauro: «Hemos venido a este mundo a verlo y escucharlo, no importa en qué nos convirtamos. No hace falta ser alguien en la vida, lo importante es que cada uno de nosotros le da sentido a la vida de los demás...».

Esta fue también la experiencia de Ignacio: dar sentido a otras vidas, y él une los dos verbos, *amar* y *servir*, porque para él el servicio es la forma cotidiana y concreta del amor. «Un amor que no puede quedarse solo en palabras, aunque también las necesite», como dice otro jesuita, Darío Mollá.

Formamos parte de la vida de otras personas, unos a otros nos damos alimento emocional con la amabilidad,

el aprecio, la calidez en la relación, la confianza que nos otorgamos. Ignacio irá aprendiendo, como reza una canción de Santiago Benavides, que «sin amor las manos no ayudan a nadie» y a lo largo de su viaje encontrará personas que fueron mediación para él. Irá tejiendo vínculos de apoyo y de crecimiento con todos aquellos que encuentre. Cuanto más se va asemejando a Jesús, más saludable, más bendiciente, se vuelve su vida para los demás. Servir es sabernos medicina unos para otros. Mutuamente nos ayudamos a sanar y a crecer.

En una hermosa oración, el querido Adolfo Nicolás, anterior general de la compañía, se preguntaba: «Señor, ¿qué flaquezas has visto en nosotros que te has decidido a llamarnos, a pesar de todo, para colaborar en tu misión?».

La espiritualidad ignaciana nos lleva a descubrirnos frágiles y llamados. Amados en nuestras debilidades. Vulnerables y resilientes. Enviados junto a otros a colaborar en la misión de Jesús. Pidiendo poder amar y servir en todo, con los sentidos bien abiertos, a la escucha de la realidad; siempre desde un talante de discernimiento. Tendiendo la mano allí donde la otra persona está y acompañándola a caminar un poco más adelante. Descentrándonos de nosotros mismos, poniendo en el centro a los pequeños y descartados. Ayudándonos mutuamente a caminar

hacia unas vidas más vinculadas y plenas.

Esta espiritualidad de ojos abiertos y pies en la tierra genera un estilo de vida atento y una gran apertura a las fracturas y potencialidades de nuestro mundo. Creo que el *magis* ignaciano no tendría que ver con más eficiencia, ni con más cantidad, ni con más excelencia..., sino con ayudar más y mejor, con volvernos personas más cuidadosas, más tiernas y menos endurecidas, menos autosuficientes y más interdependientes, más compasivas y generosas; y frágilmente confiadas en su amor que transforma para bien todas las cosas. A un Ignacio ya mayor y débil, hasta las florecillas le hablaban de la delicadeza y la ternura de Dios para con él.

Concluyo con esta historia recreada de una joven discípula que le pregunta a su maestra; «¿Qué es más importante en la vida, el viaje o el destino...?»; y la maestra le responde: «La compañía».

Agradecer a la Compañía de Jesús su fecundo legado espiritual a lo largo de estos 500 años, tan necesario y transformador en nuestro tiempo, y agradecer también esa «compañía luminosa» que podemos ser unos para otros en nuestro transitar cotidiano; como Tokue lo fue para Sentaro. En una de sus conversaciones ella le había contado que la luna le dijo un día: «Mírame bien que estoy brillando por ti».

¿QUÉ CONTINÚA APORTANDO HOY LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA?⁵

Javier Melloni Ribas

San Ignacio de Loyola vivió un cambio de época comparable al que estamos viviendo hoy. Y es por esta razón por la que su espiritualidad sigue siendo significativa para nosotros.

Hijos e hijas de una época de cambios

Ignacio nació un año antes del descubrimiento de América. El mismo año en que fue herido en Pamplona, el marino y explorador Juan Sebastián Elcano completaba la primera vuelta al mundo (el 8 de septiembre del 1522), iniciada tres años antes bajo el mando de Fernando de Magallanes, y que confirmaba que la Tierra es esférica. Cuestionar la visión del mundo que siempre se ha tenido puede resultar tan fascinante como inquietante. De repente, cambia todo el imaginario: la concepción plana que se tenía hasta entonces de la Tierra, aunque fuese aún una inmensa superficie descono-

cida, estaba marcada por un límite y, aunque pudiese asustar lo que hubiese más allá, lo próximo y conocido generaba confianza porque estaba delimitado. En cambio, un mundo esférico crea desconcierto: donde algo acaba, también comienza; el horizonte que parece el final, es un inicio.

Unas pocas décadas después de la muerte de san Ignacio, se producirá con Galileo una segunda transformación aún más radical de la visión del mundo: el paso de una Tierra concebida como centro del universo a descubrir que habitamos en un pequeño planeta que gira alrededor del sol, el cual es, a su vez, una pequeña estrella situada en un extremo de una galaxia, una entre tantas otras que forman parte del universo.

En una época así, cuando todo lo que es conocido y seguro se deshace, se extiende la inquietud y se produce un creciente desencanto. Nuestra sociedad vive también en medio de una convulsión cosmovisional y una mutación de valores que provoca grandes incertidumbres e inquietudes. Esto se traduce en una especie de «sálvese quien pueda» generalizado, con reacciones con frecuencia viscerales y de corto vuelo. Se consume el instante como lo único a lo que agarrarnos. *Instante* no es lo mismo que *presente*: la vivencia del presente implica una plena consciencia que incluye el pasado y el futuro, mientras que el instante es una fragmentación, una sucesión de momentos fugaces, desligados del *continuum* del tiempo.

Este es el reto y la prueba para nuestra generación: así como san Ignacio descendió a sus propios infiernos para desprenderse de la falsa identificación que tenía de sí mismo y solo después empezó a ver «nuevas todas las cosas», también nosotros estamos bajando a los infiernos que nosotros mismos hemos provocado. Debemos poder atravesarlos para que nazca una mirada nueva sobre el mundo, sobre nosotros mismos y sobre Dios, porque las tres cosas están interrelacionadas.

La única manera de transformar la sombra es abrazarla, como la única manera de curar una herida es llegar hasta allí donde el mal ha alcanzado. No podemos ver todas las cosas nuevas si antes no se han abandonado las viejas. Recorremos los relatos ejemplares de los que nos preceden porque están completos y esto nos ayuda a dar orden y sentido a aquello que nosotros aún no hemos transitado, porque aún

no hemos hecho todo el camino, aún seguimos en proceso.

Dos grandes momentos espirituales: en Manresa y a las puertas de Roma

San Ignacio tuvo dos grandes experiencias interiores que marcaron dos momentos fundantes de su vida:

La visión del Cardoner

Muy al inicio de su camino, estando en Manresa, hacia el verano u otoño de 1522, después de unos meses de profunda angustia que duraron hasta que se disolvió el personaje que él mismo había construido, se le abrieron los ojos del interior (cf. *Autobiografía* 30). No puede explicar lo que vio porque superaba su capacidad de visión y de comprensión, pero se da cuenta de que comprendía «de una forma nueva tanto las cosas de la fe, de la vida espiritual como de las letras». En lenguaje actual, se podría hablar de que vivió una experiencia *cosmoteándrica*,⁶ en el sentido de que tuvo una apertura a lo divino («las cosas de la fe»), a la comprensión de los procesos interiores («las cosas espirituales»), y a una comprensión del mundo y la naturaleza (por *letras* se entendía en aquel momento el ámbito profano, el conocimiento general).

Y dice que, juntando todas las gracias que recibió en su vida, no se podían comparar con lo que él recibió solamente esa vez. ¿Qué es lo que le pasó? ¿Qué es lo que se abrió en él? A mi entender, se le mostró la inseparabilidad de Dios y la realidad. Comprendió que Dios es el Fondo incandescente

de todo lo que existe, que Dios no se encuentra en un más allá separado de la realidad, sino en el corazón mismo de lo que vivimos, que Él es la Fuente invisible de aquello invisible.

De aquí nace toda la mística ignaciana: acercarnos a Dios es acercarnos al corazón de la realidad, porque Él está manifestándose en cada persona en cada situación y en cada cosa. Esto es lo que propone rezar en la Contemplación para alcanzar amor, convencido de que esta experiencia no era solamente para él, sino para todo el mundo. Consideraba que en un mes de ejercicios se podía llegar a percibir cómo Dios habita en todas las cosas y que, para unirnos a Él, hemos de liberarnos a través de cada cosa. Por «mes» no hay que entender una medida de tiempo cronológica (los treinta días de Ejercicios Espirituales), sino *kairológica*, porque el *kairós*, el tiempo oportuno, es diferente para cada uno, así como existen *kairós* colectivos, como en el que ahora nos encontramos; porque esta comprensión de Dios, no como un Ser supremo y separado del mundo, sino como la Presencia trascendente en nuestra inmanencia, es cada vez compartida por más personas.

Este es el horizonte de la mística ignaciana que se propone al final de los Ejercicios. A mi entender, lo que hasta ahora era el punto de llegada, hoy se ha convertido en el punto de partida.

La experiencia de la Storta

Junto a esta experiencia inicial de Ignacio hacia una Apertura infinita, nos encontramos con el otro polo, el de la concreción: el arte de vivir es el arte de lo concreto, de afinar mucho en cada

una de las cosas que hacemos y escogemos, porque en cada instante se juega la vida.

Cuando resultó imposible la segunda ida a Tierra Santa con los primeros compañeros, Ignacio tuvo que ejercitarse en la difícil obediencia a la realidad. *Ob-audire*, quiere decir precisamente esto: «estar a la escucha» de la Vida que se manifiesta a través de los acontecimientos. De camino hacia Roma, duda de si Dios lo quiere allá. Durante el trayecto, pide a María que le ponga con su Hijo. En una pequeña capilla, a la entrada de la ciudad, es donde recibe la confirmación a través de lo que conocemos como la «visión de la Storta». Pero no fue la madre, María, sino el Padre el que lo puso con el Hijo.

Storta, en italiano (como en catalán), significa ‘torcido’, ‘no rectilíneo’; en este contexto, podríamos decir: ‘no evidente’. ¿Y qué se le muestra? Ve⁷ al Padre que se dirige a Jesús, el cual se le aparece cargando una cruz, diciéndole: «Quiero que Ignacio nos sirva». El Padre —el Absoluto, el Origen— le muestra a Jesús, la conjunción de la divina-humanidad, llevando una cruz, que es el camino; es decir, la divinidad ya consumada en el Cristo y en la humanidad aún no consumada, crucificada con todos los crucificados de la historia. El Cristo que se le manifiesta no es un Pantocrátor o el Cristo resucitado, sino el Cristo *kenótico*, llevando la cruz de la humanidad; el *todavía no* de una historia por realizar. Si bien Ignacio acaba su peregrinación exterior en las puertas de Roma, después de quince años de haber caminado por muchas ciudades y caminos de Europa, ahora se injerta en la peregrinación del Cristo que camina con toda la humanidad.

De Manresa había salido con dos certezas: continuar peregrinando a Jerusalén y «ayudar a las ánimas». En la *Autobiografía* no dice «ayudar a los otros» en general, o «ayudar al prójimo», o «ayudar a los necesitados». San Ignacio, que es muy preciso en su lenguaje, habla de «ayudar a las ánimas». ¿Por qué a las ánimas? Porque siente que lo mejor que puede aportar es ayudar a cada uno y a cada una para que se encuentre con la profundidad de sí mismo, de sí misma, ya que, en este encuentro con Dios, la persona encuentra simultáneamente su lugar en el mundo. Las tres cosas confluyen. Como las plantas, si estamos en nuestro lugar preciso, florecemos, crecemos y nos desplegamos; si no estamos en nuestro lugar, nos vamos marchitando y, al final, morimos. Todo esto pide una escucha integral, hecha de atención, confianza, coraje y lucidez, los elementos que encontramos en los Ejercicios.

La ida a Jerusalén resulta un fracaso porque, al cabo de tres semanas, los mismos franciscanos le invitan a irse. ¿Qué ha pasado? ¿Se ha equivocado pensando que Dios lo quería en Jerusalén? Era voluntad de Dios que fuese a Jerusalén, pero no para quedarse, sino para que descubriese progresivamente que Jerusalén no es el mundo entero. En Venecia lo intenta por segunda vez con los primeros compañeros, porque aún no lo ha entendido del todo. Si Dios está en todas partes según la experiencia del Cardoner, ¿por qué insistir en quedarse en un solo lugar? Y es que Ignacio, como todos nosotros, ha de ir madurando lo que va viviendo.

En definitiva, el Cardoner y la Storta marcan la polaridad de la experien-

cia de san Ignacio, del talante de la Compañía de Jesús y la espiritualidad ignaciana: el «ya sí» de la mística que ve a Dios en todas las cosas y todas las cosas en Dios, y el «todavía no» de la profecía, que sabe identificar el dolor y la denuncia de las injusticias.

Una espiritualidad que nos sigue hablando

Podemos identificar seis rasgos que caracterizan la espiritualidad ignaciana y que, desde hace 500 años, han inspirado y alimentado la vida de mucha gente y que hoy continúan siendo plenamente vigentes:

Ante el anonimato, la personalización

Las poblaciones viven cada vez más en un medio urbano y la ciudad es sinónimo de anonimato, un anonimato que la globalización no hace sino aumentar exponencialmente. La espiritualidad ignaciana nace con la modernidad reforzando la nueva conciencia de «sujeto» con la certeza de que cada uno y cada uno somos únicos e irrepetibles, y que, cuando estamos en conexión con nuestra propia irrepetibilidad, nos convertimos en lo que hemos de ser, y así es como mejor podemos servir a los otros. En la medida en que estamos en el centro de lo que somos, podemos dar la totalidad de lo que somos.

Pierre Teilhard de Chardin tiene un pasaje extraordinario sobre esto en su obra *El medio divino*:

Así, pues, acaso por vez primera en mi vida (¡Yo, que se supone medito todos los días!), tomé una lámpara y abando-

nando la zona, en apariencia clara, de mis ocupaciones y de mis relaciones cotidianas, bajé a lo más íntimo de mí mismo, al abismo profundo de donde percibo, confusamente, que emana mi poder de acción. Ahora bien, a medida que me alejaba de las evidencias convencionales que iluminan superficialmente la vida social, me di cuenta de que me escapaba de mí mismo. A cada peldaño que descendía, se descubría en mí otro personaje, al que no podía denominar exactamente, y que ya no me obedecía. Y cuando hube de detener mi exploración, porque me faltaba suelo bajo los pies, me hallé sobre un abismo sin fondo, del que surgía, viniendo yo no sé de dónde, el chorro que me atrevo a llamar *mi vida*.⁸

Estas palabras son una excelente ilustración de lo que es la Primera Semana de los Ejercicios. Hasta que no atravesamos las zonas oscuras de nosotros mismos para liberar nuestro fondo cautivo, no hemos completado la Primera Semana. Se trata de abrazar las sombras e ir al origen de donde emana el núcleo de nuestra irrepetibilidad. La tarea del acompañamiento es posibilitar el reconocimiento de esta unicidad de cada persona para ayudarla a que conecte con la Fuente y el fondo del cual procedemos.

Ante la repetición, el dinamismo incesante del discernimiento

El discernimiento es todo lo contrario a la repetición, la programación o el dogmatismo. Cuando se vive desde Dios, nada se da por supuesto, sino que se produce una apertura a cada instante, que pide una respuesta adecuada. En la

medida en que estamos abiertos y disponibles, podemos darnos cuenta de cómo confluye la triada *cosmoteándrica*: Dios que vive en mi interior y en el de todas las cosas, mi humanidad (o la del grupo que está discerniendo en común) que está atenta a lo que está sucediendo y el mundo al cual miramos, porque es el lugar al cual hemos de servir y que pide de nosotros una respuesta.

El discernimiento no es una técnica, aunque necesite de ciertos procedimientos. El discernimiento es una mística, una manera de estar en el mundo contraria a nuestra compulsión por controlarlo todo, anticipándonos a la vida que todavía no ha sido vivida. Hemos construido una sociedad basada en el miedo o en la conquista, y nuestras instituciones también están contaminadas, prisioneras de programaciones excesivamente anticipadas y de evaluaciones cuantitativas inacabables. ¡Cuánto tiempo perdemos entre programaciones y evaluación de programaciones, mientras la Vida se nos escapa!

El discernimiento implica toda otra forma de situarnos ante la vida, confiando en este Fondo que sostiene el Medio Divino en el que somos, nos movemos y existimos, y que permite hacer emerger Aquello que Somos y Aquello que Es en cada situación que se nos presente.

Ante la oposición, el principio de integración

Vivimos habitualmente en la confrontación de binomios: identidad-alteridad, pobreza-uso de medios, anuncio-denuncia, justicia-misericordia, uniformidad-diversidad, libertad-obediencia, compromiso-contemplación,

gracia-esfuerzo, etc. Polaridades a todos los niveles donde hemos ido basculando, confrontando esto con lo otro. Es cierto que, en un primer nivel, nos encontramos con dualidades incompatibles que nos hacen vivir en una tensión y división permanente, pero, cuando miramos hacia un nivel superior, la polaridad se integra y las tensiones se convierten en fecundas.

Una polaridad importante de la misión de la Compañía es la llamada a estar en la base de la sociedad, compartiendo la vida de los pobres y, al mismo tiempo, consiguiendo la transformación de las estructuras que causan las injusticias. En la vida de san Ignacio encontramos un ejemplo de esto cuando vuelve a Azpeitia después de catorce años de ausencia. No acepta vivir en casa de su hermano, que es donde lo esperaban, sino que reside en el hospital de pobres y peregrinos. Será gracias a que estuvo tres meses durmiendo en el hospital de la Magdalena –que aun hoy se puede visitar– que pudo escuchar los problemas de la gente maltrecha y propuso una serie de transformaciones en el pueblo de Azpeitia: la asistencia a los mendigos de los alrededores, la prohibición de jugar con dinero en las tabernas, la irregularidad de relaciones de los curas con las mujeres del pueblo, el toque de las campanas cinco veces al día en todas las iglesias y ermitas del valle para ayudar a levantar el corazón hacia Dios, etc. Algunas de estas transformaciones continúan vigentes 500 años después. Esto lo pudo hacer porque, por un lado, estuvo con los necesitados y, por otro, como era hermano del señor del valle, pudo intervenir en la municipalidad y cambiar cosas que un pobre no hubiera logrado jamás.

Años más tarde, san Ignacio enviará a algunos jesuitas al Concilio de Trento diciéndoles que asistan a las sesiones del concilio, pero que cada cuatro días vayan a asistir a los pobres y a los enfermos de los hospitales de la ciudad.⁹ Una cosa y la otra, no una cosa o la otra; las dos cosas a la vez.

Lo mismo sucede con otros binomios clásicos de la espiritualidad ignaciana: fe y razón, fe y justicia, contemplación y acción, etc. Son mucho más que simples yuxtaposiciones. Son integraciones donde un elemento fecunda al otro en una amplitud cada vez más grande. En 1975, la Congregación General 32, y en plenas dictaduras latinoamericanas, formuló el binomio fe-justicia para responder a la dura realidad política que vivían aquellos países y muchos otros. En la Congregación General 34 (1995), el concepto de *justicia* se amplía. La justicia política y la social son necesarias, pero hay más elementos que están en juego para transformar a las personas y la sociedad: valores intangibles de las culturas y de las otras religiones que se expresan de otras maneras que nosotros y que hemos de conocer, venerar y asimilar. En el decreto n.º 2 de la Congregación General 34, siendo el P. Kolvenbach prepósito general, encontramos un pasaje donde se ilustra muy bien esta integración de polaridades:

No puede haber servicio de la fe sin promover la justicia
entrar en las culturas
abrirse a otras experiencias religiosas.

No puede haber promoción de la justicia sin
comunicar la fe

transformar las culturas
colaborar con otras tradiciones.

No puede haber inculturación sin
comunicar la fe a otros
dialogar con otras tradiciones
comprometerse con la justicia.

No puede haber diálogo religioso sin
compartir la fe con otros
valorar las culturas
interesarse por la justicia.

(CG 34, d.2, 19)

No se trata de oponer, sino de integrar el anuncio de la propia fe, el compromiso por los cambios estructurales de las sociedades, el respeto a las culturas y la veneración por las otras religiones como caminos de acceso al Absoluto. Tomarse en serio que hay otras maneras de comprender el Misterio forma parte de la espiritualidad ignaciana y de aquello que muy probablemente le fue mostrado a san Ignacio en el Cardoner, aunque la teología del momento no lo permitiese.

Ante la imposición de la uniformidad, el principio de inculturación

Durante dos milenios, el revestimiento cultural de la fe cristiana ha sido fundamentalmente occidental. Solo recientemente hemos tomado conciencia de esto, a pesar de llevar siglos en América, Asia y África. La evangelización de otros pueblos con frecuencia se ha hecho a costa de graves humillaciones hacia las culturas que, al cristianizarse, también se occidentalizaron.

El Prosupuesto de los Ejercicios [EE 21] llama a esforzarse para com-

prender el punto de vista del otro, lo que ha hecho que la espiritualidad ignaciana lleve un instinto de inculturación que ya estuvo presente en las primeras misiones de los jesuitas: en China, en Japón, en las reducciones del Paraguay, etc. *Inculturarse* implica reverenciar la tierra y la cultura que te acoge. Te descalzas ante la tierra sagrada del otro. San Ignacio lo pone en las Constituciones de la Compañía de Jesús:¹⁰ cuando vayáis a otros lugares, vestid como las gentes del lugar, hablad su lengua, conoced las costumbres del lugar... Cuando uno empieza a hablar la lengua del otro, empieza a pensar también un poco como el otro. La lengua no es solamente una cuestión idiomática, es toda la cosmovisión que una lengua contiene. Y, cuando uno viste como viste el otro, también empieza a sentir unas cosas distintas a cuando vamos siempre con pantalones y zapatos.

Este esfuerzo por acercarse al punto de vista del otro está presente en el diálogo de los primeros jesuitas con los protestantes. Pedro Fabro (1506-1546), a petición de sus compañeros, escribió unos consejos a partir de su experiencia. Sus palabras son de gran actualidad; por ejemplo: hablar con los que consideramos adversarios de las cosas que tenemos en común, no de las que nos separan; conversar sobre lo que realmente nos afecta, no de las racionalizaciones que acaban siendo ideología; compartir lo que vivimos, no lo que pensamos; hablar de los que nos hace bien y nos ayuda a ser mejores, no de cosas secundarias y discutibles, etc.¹¹ Todo esto implica un ejercicio de aproximarse a la difícil alteridad sin ahogarla, sino respetan-

do realmente al otro, porque el otro es portador de una verdad que me supera y que necesito para completarme.

*Ante la tentación de totalidad,
el magis*

La tentación de totalidad es pretender construir un sistema completo, acabado, sea sociológico, político, económico, teológico o pedagógico, donde no quepa nada más que aquello que nosotros hemos determinado. En un momento en que todos los modelos y sistemas caen, debemos ofrecer propuestas atravesadas por el dinamismo del *magis*, un «siempre más» que no permite identificarnos con ningún proyecto o forma encerrada sobre sí misma. Esto no equivale a aceptar el esfuerzo agónico de Sísifo, que subía a la montaña y cuando llegaba cerca de la cumbre caía, y después volvía a subir para volver a resbalar sin poder llegar nunca, convirtiendo el camino en una pesadilla. No se trata de esto porque no hay ninguna cumbre que conquistar, sino un simple disfrutar del camino.

El *magis* no es el *maxime*. El *maxime*, ‘el máximo’, contiene una pretensión de conquista, una pulsión de perfección y también de excelencia que resultan muy peligrosas en corazones impuros como los nuestros. Porque pretender ser excelentes, los primeros, los perfectos genera una competitividad tóxica e implacable, y la esclavitud de estar siempre contemplándonos en el espejo y comparándonos con los otros. El *magis* no busca la excelencia, sino la plenitud. Se trata del mismo dinamismo de la vida: como los árboles que están siempre creciendo, pero sin pretender nada ni ser más altos o

fuertes que los otros; es participar del impulso de la vida hacia alcanzar más vida, sin querer conquistar nada, sin la pretensión de llegar a ningún sitio, porque siempre hay un nuevo lugar para llegar. Consiste en dejarse llevar por el aliento del Espíritu, dejando ir lo que ya tenemos para abrazar lo que no poseemos, sino que nos recorre, en un acto de disponibilidad, de generosidad, de confianza y de libertad.

*Ante la angustia, el principio
de consolación*

Consolación es una de las palabras más ignacianas. No quiere decir una alegría fácil ni una satisfacción circunstancial, sino que es un fondo de gozo que proviene de la certeza de que todo está en Dios. Así define Ignacio la consolación en la tercera regla de discernimiento de la Primera Semana:

Quando en el ánima se causa alguna moción interior, con la cual viene el ánima a inflamarse en amor de su Criador y Señor, y también cuando ninguna cosa creada sobre la haz de la tierra puede amar en sí, sino en el Criador de todas ellas. [EE 316]

Es decir, no se trata de una satisfacción por algo que poseo o consigo, sino de la percepción de que todo está empapado de Dios y que, tanto si tengo como si no tengo, tanto si me gusta como si no me gusta, tanto si es satisfactorio como si no lo es, todo ello me lleva a Dios. Más allá de los objetivos grandes o pequeños que se han conseguido, de los éxitos y fracasos, de todas estas dualidades egocentras o autocentras, todo es vivido desde Él,

en Él, hacia Él. No se trata únicamente de algo individual, sino que estamos llamados a vivirlo con los otros, con la comunidad o con la institución en la que comparto con otros la misma misión y en el mundo en el que vivo.

Una mirada consolada de la realidad no es una mirada ingenua, donde todo está bien; implica que, en medio de las dificultades, incluso las más duras, uno no pierde de vista que están inmersas en el proceso de cristificación y esto es lo que da consolación. Nada está separado de este «ya sí». Ahora bien, para vivirlo debemos salir del «propio amor, querer e interés» [EE 189], que es lo que nos mantiene atrapados y hace que valoremos las cosas egocéntricamente y, por tanto, muy a corto plazo, muy inmediatamente. La consolación viene de vivirnos desde esta inmensidad que se despliega de muchas maneras, más allá de lo que a uno le agrada o le desagrada. Es el arte de ir más allá del gusto y del disgusto, de situarnos en este Lugar que nos sostiene y que hace que lo que estemos haciendo no nos pertenezca, sino que participemos porque todo está empapado de una mayor totalidad.

En conclusión... vivir en Dios

En definitiva, entonces y ahora, la novedad y la aportación de la espiritualidad y de la mística ignacianas es disponerse a un estado de apertura a la realidad donde confluyen tres dimensiones: la inalcanzabilidad de un Dios que es El-más-Allá y el El-más-Acá de todo, la irrepetibilidad de cada persona y un mundo en camino que necesita de nuestra participación. Todo esto puede

entenderse como una escucha sagrada de la realidad. Todo está abierto, todo es posible y, a la vez, cada situación es bien concreta y necesita de una respuesta y de una actuación bien determinadas.

Esto implica una triple atención: el cuidado de la oración y la contemplación para abrimos al Dios siempre-más-intimo y siempre-más-grande; la escucha y el autoconocimiento, prestando atención a los movimientos de consolación y desolación que son los que dan indicios para reconocer la llamada personal; y la escucha del mundo, al que somos llamados y llamadas a servir y transformar.

Y todo esto es una sola cosa, no tres cosas por separado. Cada instante contiene la totalidad y, en la medida que vivimos abiertos, *lo* que sucede es la manifestación misma de Dios. Dios que es Aquel/Aquello que no se puede nombrar y, al mismo tiempo, es desde donde nombramos todas las cosas; es Aquel/Aquello que no se puede ver, pero desde donde vemos todas las cosas; es Aquel/Aquello que no se puede oír, pero desde donde oímos todas las cosas.

Dios se manifiesta de una forma única e irrepetible a través de cada uno de nosotros, Dios se hace existencia en nosotros, llega a ser en nosotros, un nosotros que está contextualizado en cada momento de la historia y en un lugar de la tierra, y está necesitado de nuestra entrega para que el Reino tenga lugar en la tierra.

Esta escucha no es solo personal, sino también comunitaria y eclesial. Precisamente, el papa Francisco, como culminación de su pontificado, está impulsando un proceso sinodal que puede

tener gran importancia para el futuro de la Iglesia: puede suponer una verdadera conversión y el inicio de una nueva forma de proceder, basada en la participación de toda la comunidad cristiana a través del discernimiento, de una escucha compartida.

Ojalá podamos vivir conjuntamente lo que san Ignacio escribía al final

de casi todas sus cartas: «Que la divina y suma Bondad nos conceda a todos la gracia de sentir y conocer su voluntad y enteramente cumplirla». «Cumplirla» quiere decir llegar a ser su voluntad, la cual no es otra que llegar a ser «todo en todos» (1 Cor 15,28), el «ya sí» en el «todavía no» de la historia y la condición humanas.

- 1 Texto a partir de la ponencia presentada en el Congreso Internacional: San Ignacio de Loyola, Córdoba, 22 al 24 de junio de 2022.
- 2 DAELEMANS, Bert (2021). *La vulnerabilidad en el arte. Un recorrido espiritual*, Boadilla del Monte: PPC, p. 112. La escultura de *San Ignacio peregrino* se encuentra en el Centro de Espiritualidad de Guelph, Ontario (Canadá).
- 3 Guion y dirección: Naomi Kawase. Coproducción: Japón-Francia-Alemania (2015).
- 4 MISTRAL, Gabriela (2020). *Poesía reunida*, México: Fondo de Cultura Económica.
- 5 Texto de la conferencia pronunciada el 11 de enero de 2023 dentro del ciclo de conferencias que acompañaron la exposición *Ignatius Experience* (Museo diocesano de Barcelona, octubre 2022-febrero 2023).
- 6 Neologismo del filósofo y teólogo Raimon Panikkar que contiene los términos griegos *cosmos* ('mundo'), *theós* ('Dios') y *andros* ('hombre').
- 7 No podemos aquí analizar el estatuto ontológico de una visión, en qué grado es intrapsíquica y en qué grado es trascendente. En cualquier caso, se trata de una conjunción del imaginario personal y colectivo, y, a la vez, es una manifestación de la presencia de lo divino. El significado es inseparable de la imagen a través de la cual se manifiesta.
- 8 TEILHARD DE CHARDIN, Pierre (1967). *El medio divino*, Madrid: Taurus, pp. 70-71.
- 9 Cf. Carta a los jesuitas enviados a Trento, a inicios de 1546, DE LOYOLA, Ignacio (1983), *Obras Completas*, Madrid: BAC, pp. 705-708.
- 10 Cf. *Constituciones de la Compañía de Jesús* [577].
- 11 Carta a Diego Laínez, 7 de marzo de 1546, en: GRUPO ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (2017), *Escritos esenciales de los primeros jesuitas*, Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, pp. 240-242.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1. Por lo que has leído en los dos textos, ¿en qué cosas se parecen y en cuáles se diferencian, la época de san Ignacio y nuestra época?
2. Nos pregunta Mariola: «¿Qué vamos cargando que nos roba el ánimo? ¿Qué nos hace trabajar y servir con los ojos tristes?» ¿Te has hecho nunca esta pregunta? ¿A qué conclusiones has llegado?
3. ¿En qué sentido, crees, que la mirada del Dios de Jesús es sanadora y posibilitadora?
4. ¿Qué relación establece Mariola López entre el agradecimiento y la atención? ¿Estás de acuerdo con ella?
5. Si Dios, según el primer texto, vibra en aquello tierno y vulnerable, ¿cómo mostrar la vulnerabilidad en un mundo donde prima la autosuficiencia y el culto a la imagen?
6. ¿Qué significa la expresión «ayudar a las almas» según la interpretación actualizada que nos ofrece Javier Melloni? ¿Crees que esta “ayuda” o “servicio” continúan siendo necesarios hoy?
7. ¿Por qué el discernimiento es tan importante para Javier Melloni?
8. ¿Cómo debería ser una interpretación sana del *magis* ignaciano? (Según lo que se explica en el segundo texto)
9. Quédate con dos ideas, sentimientos o interpelaciones, que te haya despertado la lectura de este cuaderno. ¿Responden al momento que estás viviendo?

Cristianisme i Justícia (Fundació Lluís Espinal) es un centro de estudios creado en Barcelona el año 1981. Forma parte de la red de centros Fe-Cultura-Justicia de España y de los Centros Sociales Europeos de la Compañía de Jesús. Una de las áreas de trabajo del centro es la Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES). Fruto del trabajo de esta área nace la colección de cuadernos EIDES dedicada específicamente a dar a conocer una reflexión actualizada sobre la espiritualidad ignaciana.

Cuadernos EIDES

Últimos títulos

- 95. *Uno de tantos*. J. M. Rambla
- 96. *Cartas desde el Altiplano*. J. M. Fernández de Henestrosa (PPH)
- 97. «Preparar y disponer el ánimo» [EE 1]. J. Casassas, A. Guidonet, D. Guindulain
- 98. *Aplicación de sentidos*. R. Abós-Herràndiz
- 99. *De la herida al corazón del mundo*. L. Rius (coord.)
- 100. *Jóvenes y espiritualidad*. G. Andrés (coord.)
- 101. *La espiritualidad ignaciana, hoy*. M. López, J. Melloni

La Fundació Lluís Espinal envia gratuitamente los cuadernos EIDES. Si desea recibirlos, pídalos a:

Cristianisme i Justícia

Roger de Llúria, 13, 08010 Barcelona
93 317 23 38 • info@fespinal.com
www.cristianismeijusticia.net

También puede descargarlos en:
www.cristianismeijusticia.net/es/eides

